

PRÓLOGO

Italia y México. Dos naciones, dos culturas, dos destinos históricos. Naciones lejanas en la geografía, próximas en la cosmovisión. Naciones que se acercan más en espíritu y en vivencia existencial, cuando los italianos deciden vivir en México o los mexicanos deciden vivir en Italia. Muchos italianos han contribuido, en alguna manera a forjar esta ciudad de Monterrey, a darle un perfil menos doméstico, más abierto a los rumbos de la cultura universal. Cada uno de esos ítalo-regiomontanos, presenta su peculiar biografía escondida en la forja cotidiana de una gran urbe. Salvatore Sabella Bracale uno de esos italianos que llegó a Monterrey, en 1954, para casarse con la soprano mexicana Lucila Díaz —conocida en el mundo artístico como Lucila Sabella—, quién fue nombrada ciudadana distinguida por el Ayuntamiento de Monterrey en 1973. De ese matrimonio se procreó un hijo de nombre Vincenzo Sabella Díaz, médico distinguido, egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Desde su llegada a Monterrey, Salvatore Sabella dedicó gran parte de su vida al servicio de la comunidad regiomontana en el ámbito socio-cultural. Vale la pena destacar esta entrega, en grado heroico en alguna ocasión. El 16 de junio de 1955, se produjo una explosión de gas butano, en un camión de pasajeros, que transitaba en la calle de Zaragoza, frente a la alberca Monterrey. Con el riesgo de perder su propia vida, el joven italiano se lanzó —sin vacilación alguna— a salvar del incendio a una docena de personas. Muchas otras perecieron inevitablemente. Aún existen testigos oculares de este significativo acontecimiento de valor cívico. En 1975, Salvatore Sabella, abraza nuestra nacionalidad mexicana, sin perder, el amor y el recuerdo —siempre vivo— de su Italia nativa. En el ámbito cultural, ha colaborado, desinteresadamente, con autoridades estatales y municipales. Contribuyó a la formación de la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Nuevo León para las temporadas de ópera en la década de los sesenta. En esa misma década —año de 1968— fue cofundador de la Sociedad Cultural italiana Dante

Alighieri. En 1990, decide publicar, su libro autobiográfico, intitolado «*El otro mundo de Salvatore Sabella*», editado por el ayuntamiento de Monterrey, donando al DIF municipal de Monterrey el importe de la venta de esa edición. Nunca cesa de promover intercambios de artistas regiomontanos con Italia. Su particular afición por la música le convierte en promotor internacional de la Orquesta Sinfónica de la Universidad Autónoma de Nuevo León, a partir de ese año de 1996. Hasta aquí, en apretado resumen, los grandes hitos de la vida de Salvatore Sabella en su ciudad adoptiva.

«*El otro mundo de Salvatore Sabella*» es una autobiografía sincera, dramática, nostálgica, publicada en 1990, con un prólogo de Pedro F. Quintanilla. El autor se autorretrata y tiende su espejo a lo largo de un camino. Reviven furtivamente sus recuerdos de niñez, de adolescencia y de madurez. Habla, sin resistencias, de sus penurias, de sus fracasos y de sus triunfos. Muestra su gratitud y proyecta su amor a la patria de origen y a la patria adoptiva. El Vesubio y el Cerro de la Silla quedan levantados en la carátula de un libro singular.

Como testimonio de su estrecha vinculación con las dos naciones en que ha vivido. Salvatore Sabella presenta ahora un diccionario biográfico-histórico dedicado a la comunidad italiana y a sus descendientes en nuestra ciudad de Monterrey que festeja sus 400 años de existencia. Obra perfectible, abierta a futuras ediciones, escrita a golpes de entusiasmo por la amistad ítalo-mexicana.

El mexicano medio sabe poco, muy poco, acerca de la vocación y estilo de Italia. El italiano común y corriente sabe aún menos de la vocación y el estilo de México. Otro tanto acontece con el resto de los países europeos, con excepción hecha -era de esperarse- de España. Pero aún España ignora muchas y muy significativas cosas y sucesos de nuestro México emotivo y trágico.

Quisiera apuntar en este Prólogo, los rasgos distintivos de la vocación y estilo de cada una de las dos naciones. No se puede amar lo que no se conoce. Conozcamos la vocación y el estilo de Italia y la vocación y estilo de México.

Siempre pienso en Italia, evoco la espiritual electricidad de la sonrisa que saluda. Acaso sea aquella sonrisa de Beatrice, descrita por Dante, y perpetuada en las vírgenes de piedras en los portales de las catedrales europeas y en la sonrisa cordial de las mujeres italianas.

«*Che dentro a li occhi suoi ardea un riso. Tal, ch'io pensai co' miei toccar lo fondo della mia grazia e del mio paradiso*» (Par.XV). Fue así como empecé a tener una vivencia de Italia hace 50 años. Era el año de 1947. Una Italia maltrecha por la guerra luchaba afanosamente por reconstruirse. Por debajo de las ruinas podía escuchar el inequívoco latido de la ilustre península, a quien con razón se tiene por heredera y albacea de la cultura antigua. Permítaseme recordad las palabras del egregio historiador y sociólogo de la cultura Alfred Weber: «*en Italia la aparición del propio sentimiento nacional estuvo ligada al despertar de la conciencia de que este país constituía el pueblo europeo originario*» («*Historia de la Cultura*», página 292, Fondo de la Cultura Económica). Caso en verdad singular: apenas nace la cultura italiana entra inmediatamente en un periodo de espléndida madurez. En el siglo XIII Francisco de Asís produce una de las más trascendentales revoluciones espirituales de todos los tiempos, mientras Tomás de Aquino construye la más imponente Suma Teológica que ha conocido la historia. Y a mediados del siglo XIV, la literatura italiana puede ya gloriarse de tres incomparables obras maestras. La «*Divina Comedia*», de Dante; «*II Canzoniere*», de Petrarca; y el «*Decameron*», de Boccaccio. En el campo de la música, de la poesía, de la cultura, de la filosofía y de la ciencia recibimos frutos óptimos de la mater Italia. Me interesa trazar, con las líneas indispensables, los rasgos fundamentales de la caracterología cultural de Italia.

Italia marca indeleblemente con su cultura la cultura europea. Acaso sea el pueblo que tiene tras de sí la más larga e interesante historia. Pero su carga —pasado glorioso— la lleva sin estorbos y sin presunciones. Imposible desconocer las huellas de las invasiones de los bárbaros y los germanos y sajones, del catolicismo consubstancial a la nación latina. El antiguo espíritu de la Roma Imperial —compacto, rígido— se suaviza en la Italia ecuménica que recoge elementos de todos los pueblos de la tierra. Porque Italia ha sido puente de culturas y crisol de una nueva civilización. Nos sé cuántas gotas de sangre latina tenga cada italiano, pero estoy seguro que el espíritu del Lacio permanece ahí más vivo que en cualquier otra parte. A veces ofrece Italia, con su clima característico del Mediterráneo, una impresión más africana que europea. Algo tie-

nen que decir, en el temperamento italiano, los vientos erráticos, el sol meridional y el triunfo de la luz mediterránea. De su espíritu latino Italia conlleva el individualismo de tan acusados perfiles. Individualismo en esa geografía de compartimientos individualismo en las manifestaciones del arte, de la literatura, de la filosofía.

Por una parte hay en ese individualismo un encomiable respeto a la dignidad y al valor de la persona humana frente a los monstruosos sistemas políticos transpersonales; por otro lado, hay también, un cierto orgullo fatuo y un déficit de cooperación social. La civilización italiana —articulada con particularidades y localismos— está en las antípodas de la civilización masiva norteamericana y rusa.

Todo italiano tiene un secreto contacto con la antigua y lejana historia de Roma, de Grecia y del Oriente. ¿Cómo son los italianos? Psicología madura sin rasgos de puerilidad —tan frecuente en los anglosajones o en los esclavos—; un tanto escépticos en actitudes vitales; dotados de una extraordinaria claridad o lucidez de espíritu: más dados a las especulaciones que a las acciones; con una exuberante facultad de expresión y con una notable facilidad de palabra. No es difícil, para el italiano medio, hacer la distinción entre los principios y sus aplicaciones. Acaso por ellos se ha preservado de la hipocresía moral. Hay quienes hablan de un realismo eventualmente cínico. En todo caso, no cabe confundir al cínico con el hipócrita.

Antes que el Estado, el italiano aprecia la familia, el clan, el partido. Yo diría que los italianos padecen el ser del Estado como un mal necesario; no lo sienten como un instrumento de perfección personal. Más que las relaciones mostrencas, tópicas, comunales; les interesan las relaciones inter-individuales. El Derecho, basado sobre la desconfianza, se acepta como una realidad inevitable. Es claro, duro y anguloso como los Apeninos. Hay que especificar hasta el último punto en los contratos. Italia, país de legalidad, ha heredado de los romanos el genio jurídico. La experiencia de los distintos ducados y repúblicas italianas les ha enseñado el concepto del poder político como instrumento de dominio. La persona tiene que estar en guardia para salvaguardar sus derechos fundamentales frente a un Estado que no practica, precisamente, la benevolencia. Ya desde la época de los güelfos

y de los gibelinos, los italianos ponían una extraordinaria pasión en las luchas políticas. Siempre me ha sorprendido la notable capacidad de análisis y de generalización que tienen los italianos. Cuando les he oído en las conversaciones personales o en los congresos de Filosofía, me parece que sus disquisiciones y sus composiciones estructurales están hechas para inscribirse sobre piedra. Pero a veces, también, el italiano habla por el gusto de hablar, por el placer de expresar la sonoridad de su bella lengua. La retórica siempre ha sido, en Italia, un privilegio y un peligro.

Del renacimiento han heredado, los italianos, el culto de la forma y el culto de lo bello. Contra lo que se suele creer, Italia no es simplemente un pueblo de artistas, sino también un pueblo de filósofos y de científicos. La lista de italianos egregios es verdaderamente impresionante.

Una rara mezcla de violencia innata y de impulsividad irresistible se combina, en el italiano, con el control habitual sobre sí mismo. Yo me atrevería a utilizar, como algunos viejos psicólogos lo ha hecho, el término de nervobiosos para clasificar a los italianos. Prefiero describir sus reacciones y su cosmovisión. Hombres de una finura extraordinaria en materia de sensaciones, pero de una brusquedad, no menos notable, en pasiones concentradas, la reflexión, no obstante, permea todos sus actos. Razón fría y positiva, pese al ardor del temperamento. Siempre me ha parecido muy difícil armonizar el sentimiento intelectual del orden con la sensibilidad tumultuosa. Stendhal hablaba, por eso, de *«la energía salvaje»*. Se ha exaltado, una y otra vez, la intensa, viva, rápida imaginación del italiano que habla de las cosas como si estuviera ante su vista. Esta imaginación le lleva a improvisar y reflexionar. Rara mezcla no advertible en otras latitudes. Mientras el romano carecía de sensibilidad estética, el italiano se caracteriza por una extraordinaria percepción de la belleza. Artes plásticas, música, y poesías italianas han invadido gozosamente al mundo. Hasta en el más humilde de los italianos puede descubrirse un cierto sentido de la armonía, del refinamiento y de la elegancia. Uno de los mayores placeres del italiano es el de someter cosas y sucesos a las leyes de la euritmia. No es para extrañarse el hecho de que el italiano decore y adorne cuanto ve, hace y utilice. Y

todo ello con una rúbrica íntimamente personal, inequívocamente individual, ¿Acaso esta disposición común para sentir lo bello no ha servido para mantener los vínculos de la unidad nacional? Como buenos mediterráneos, los italianos se resisten a separar el pensamiento de la realidad, las cosas de los sentidos. Sin ser pragmáticos, distinguen entre lo útil y lo inútil. El espíritu sintético del italiano procede más por generalización que por idealización. Es un realista que no desconoce los ideales, pero que tiene el sentido positivo de la realización o de la impracticabilidad. Contra lo que piensa un autor francés de segundo orden, cuando asegura que «*el pueblo italiano, al no poder ser un pueblo de acción y de dominio, ni tampoco un pueblo de pensadores y de filósofos, se convirtió en un pueblo de artistas*» (J.Roger), yo creo que los italianos han mostrado en la historia una gran capacidad especulativa –filosófica y científica – sin perder por ello su contacto con la roca viva de la realidad. Bástame citar, por ahora, los nombres de Santo Tomás y de San Buenaventura, de Rosmini y de Gentile, de Croce y de Sciacca, de Del Vecchio y de Battaglia, de Gramsci y de Pereyson, de Bagolini y de Prini, de Abbagnano, de Guzzo y de Agazzi. El panorama de la Filosofía actual en Italia, es uno de los más ricos del mundo. El italiano es objetivo. Como al español, le atraen las cosas. Pero si inteligencia, menos idealista que la del «*homo hispanicus*», es abierta y práctica. Puede comprenderlo todo, aprenderlo todo y hacerlo todo, cuando verdaderamente quiere. Su rápida y vibrante capacidad emocional capta las realidades con una simple mirada, a las primeras palabras. Y aunque no lo parezca, es circunspecto, astuto, prudente. Como los mexicanos, los italianos tienen siempre segundas intenciones y las suponen en los demás. En su «*Historia de las Revoluciones Italianas*», Ferrari nos habla del carácter del genio italiano como una extraña mezcla de complicación, agilidad y prudencia práctica. El italiano ha nacido para contemporizar: Es flexible, ágil, cauto, porque tiene tras de sí un pasado de conspiraciones y de peligro. Astucia y violencia le caracterizan en algún estrato de su ser. La táctica nunca está ausente de su cosmovisión.

Antes del renacimiento italiano propiamente dicho tan grandioso y significativo en la historia del arte y de la cultura mundial, habría que destacar la grandeza dantesca que abraza, en propósitos

y sistema, todo el universo. En la *Commedia* —advierte Giovanni Papini— *«está toda la vida conocida y además, toda la vida más allá del mundo; hay hombres de toda condición, pero hay además las sombras, los demonios, los ángeles, las Tres Personas Divinas. Ningún libro humano, hasta ahora, ha superado, por la inmensidad del tema, la Divina Commedia: únicamente los dos Testamentos, debido a la inspiración de Dios, la sobrepasan y la vencen»*.

No ha de sorprender que Dante, al final de su sobrehumano trabajo, llame a su obra *«il poema sacro al quale ho posto mano cielo e terra»* (el poema sagrado en el cual he puesto mano cielo y tierra) Par XXV (págs. 165 y 166, Plaza & Janes, S.A. editores, México). Es claro que Dante poeta y gran poeta, es además *«proaeceptor italiae»*. Hasta aquí, algunas ideas directrices sobre la vocación y estilo de Italia, vayamos ahora a decir algo significativo sobre la vocación y estilo de México.

Voces del pasado resuenan en el cuerpo dolorido de México. Los mares ciñen tiernamente la cintura de este cuerpo como para mitigar su dolor. Un dolor paciente, sin asomo de angustia, como aparente placidez. México —flor de pétalos marcados por la conquista, la insurgencia, las invasiones, la revolución— no puede fraccionarse. Es un todo indivisible: tribus, costumbres y artesanías; aves, flores y animales selváticos; costas y costumbres. Su corazón está en todas partes —y no sólo en el Distrito Federal—, en cada trozo de tierra que conforma esa *«mujer dormida en un lecho azul.»* Porque el mexicano es México en el vibrar de las campanas queretanas cuando tañen a la *«hora del rezo»* mientras el crepúsculo se incendia en los bordes del cerro cimatorio. Es la voz de la península repitiendo los versos de Palmerín. Es la jarana. El llanto de la marimba bajo los cafetales chiapanecos; la oración en la calenda oaxaqueña que se murmura tras la Virgen de la Soledad. Es un gemido en la guitarra de Paracho. México está en el hombre humilde que aprieta la faja a su cintura para labrar el surco; que lanza cohetes al aire en la fiesta del pueblo que venera a su santo patrón; en el candor de hacer el pan y recoger las flores de cempasúchil para agradar a sus difuntos. México está en la garganta del humilde cuando canta: *«qué bonito es querer como quiero yo, que bonito es entregarme todito completo...»* Y existe en el que se burla un poco de la muerte: *«si estás dormida en*

mi cuerpo, ¡que más me da si despiertas!» Y aquí estamos los mexicanos, cara al progreso, bajo un cielo común irisado de estrellas. La empresa de fidelidad a nuestro modo de ser es un hermoso riesgo. Y el futuro es de quienes asumen su destino y saben esperar.

Son los mexicanos por los que México existe y son los mexicanos la realidad sobre la que descansa permanentemente toda la vida social de México. Nada sería México sin los mexicanos. Porque México está hecho de relaciones interhumanas, de relaciones de convivencia con sentido de bien común.

El mundo mexicano –inimitable, estético, misterioso– carga en sus espaldas un pasado cultural precristiano y prehispanico. Bañado por olas de dos océanos –El pacífico y el Atlántico–, México absorbe una multitud de tribus separadas no tan sólo por ríos y montañas, sino por centenares de idiomas y dialectos, pero unificado por la bella y armoniosa lengua castellana, por las costumbres señoriales de indios y españoles, por la sublime religión católica sellada con el milagro guadalupano.

México es una comunidad de carácter; producida por una vocación común. La vocación de México puesta de relieve en su religión y en su cultura, no es vocación para el imperio de los objetos, sino para el imperio del espíritu.

Rasgos permanentes del mexicano:

1. Religiosidad que permea su vida y su muerte y que le dota de un sentido muy hondo de la dimensión trascendente de la persona humana (sabe esperar, sufrir, aguantar y ofrendar).
2. Amor por lo bello –pathos estético– manifestado en templos y canciones, artesanías y danzas, fiestas y sentido del color.
3. Barroquismo, no como mera profusión de voluntades, roleos y otros adornos en que predomina la línea curva, sino como apasionada abundancia de formas, apoteosis de valores personales, horror al vacío, patetismo vital trascendente.
4. Sentido del humor que le hace reír de cualquier cosa mortal –a veces para no llorar– y que le hace retomar; por una suerte de catarsis, a su estado infantil alegre.

5. Estoicismocristiano.
6. Cortesía.
7. Ingenio.
8. Discreción.
9. Disimulo.

Estos atributos los encontramos en el novohispano, en el insurgente, en el revolucionario y en el post-revolucionario.

En su vocación como grupo social, México apenas si se distingue por su progreso fabril, por su técnica o por su potencialidad económica. En cambio, el mundo le va conociendo por sus santuarios, por sus poetas, por sus filósofos, por sus revolucionarios, por sus cristeros y por sus pintores.

La experiencia vivida por el Viejo Mundo nos servirá para escalar el domo más elevado de la sabiduría amorosa, siempre que evitemos precipitarnos por las desviaciones éticas. Y será entonces –o nunca– cuando asentemos la frente contra un fulgor de aurora que prelude la eternidad.

Eco sin términos de tiempos lejanos está presente en el barro cocido e impregnado de sonrisas inextinguibles en figurillas hieráticas. Niños –jaguares esculpidos en jade transparente. Cristal de roca tallado, oro labrado con voluntad poética, libros dibujados en cortezas de árbol con vivos colores, pieles de venado y pinturas murales estampadas en Tepantitla, Bonampak y Chichén Itza; imponentes ciudades sagradas que muestran sus muñones doloridos en pirámides truncadas– soportes de templos y de Dioses con plataformas que quieren semejar cielos. Y quedan, para asombro de propios y extraños, esos Chac-moles misteriosos esculpidos por finas manos toltecas. ¿Serán dioses de la lluvia? ¿Los habrán dejado ahí como mensajeros celestes o centinelas de los templos? Ninguna otra escultura en piedra ha podido superar –al decir del escultor inglés Henry Moore– esa estatuaria tolteca.

Alguna vez discutía Jean Giraudoux con su colega diplomático, Jean Marx, sobre cuál sería el país más bello del mundo, tras haber recorrido una amplia gama de territorios en varios continentes, Un buen día llegó a México Jean Giraudoux, por primera vez, y escribió a su colega y amigo: *«El país más bello del mundo yo le he encontrado»*.

No dio razones, ni las podía dar en una simple tarjeta postal

timbrada en México. ¿Las habrá? ¿Cómo expresar; me pregunto yo, la belleza de México? Embriagándonos de su hermosura cargada de vida pretérita, de vista actual y de vida virtual. Llenando nuestros pulmones de ese aire fino y transparente de México, bañando nuestros ojos con las creaciones fascinantes de las edades precortesianas, coloniales, barrocas, revolucionarias... Dejando que el espíritu se sature de peripecias históricas contradictorias y fecundas. Mi conciencia de mexicano se desenvuelve con todas esas vastas edades, con todos esos profundos y fabulosos orígenes. Toltecas, mayas, aztecas y españoles con sus fastos y misteriosos permanecen integrados en mi conciencia de mexicano. Podemos oír rumores continuos de esas civilizaciones. Sentimos palpitar en nuestro ser la muy alta cultura que los españoles nos trajeron con su lengua imperial, con su literatura de los siglos de oro, con sus artes y con sus ciencia; con su Dios, su teología, sus santos, sus doctores y sus místicos, los más excelsos que conoce el género humano: San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila.

México país de la luz, tierra que rinde culto a la muerta y a la flor. Pero la flor vence a la muerte con su polen enamorado. Y aquí estamos nosotros, enamorados de esta tierra herida y desgarrada, sumados a sus penas, a sus ansias, a sus luchas y a sus heridas... Sentimos las pisadas de los padres –Cuauhtémoc y Hernán Cortés–, de las gráciles doncellas indígenas, de los mártires de la mexicanidad –Hidalgo y Madero–, de los filósofos- Vasconcelos y Caso-, de los literatos –Alfonso Reyes y Octavio Paz–, de los pintores –José Clemente Orozco, Diego Rivera, Rufino Tamayo–, de los músicos y de los hombres de ciencia, de los trabajadores anónimos y de los campesinos que labran el zurco en la arbolada y forjan la intrahistoria de México.

De México, de su firme paciencia, de su indeclinable prudencia y de su inmarchitable fe en Dios, recibo a diario esa sabiduría acumulada de ofrendas y de dolor: Amo a México como a un niño desvalido. Y dejo aquí, desnudo, mi verbo, para sumirme en el olor a cera penitencial, a barro y a tierra mojada, en el corazón de mi suave patria.

Siempre he sentido particular simpatía y acendrada admiración por la «*Mater Italia*», pero desde que recibí la Orden al Mérito de

la República Italiana, en 1971, prometí hacer cuanto esté de mi parte por estrechar más los vínculos culturales de comprensión y amistad entre Italia y México. Por eso agradezco cordialmente a mi amigo Salvatore la invitación que me hizo para prologar su nuevo libro *«IV siglos de presencia italiana en Monterrey, Nuevo León, México»* es una obra que contiene por orden alfabético un repertorio, una lista de italianos que han venido a vivir y a morir en México. Con la esperanza de una nueva vida en el Nuevo Continente, llegan a México un puñado selecto de italianos: arquitectos, ingenieros, decoradores, artesanos, fabricantes de esmaltes para cerámica, fundidores de cobre, mineros, ganaderos, industriales, comerciantes, economistas, científicos, educadores, fundadores de industrias y de centros de cultura... Emigrantes que dejan atrás su Italia nativa, movidos por una ambición o inspirados por un sueño. Todos ellos decididos a dejar huella, registro en esta *«ciudad de perfiles»*, enclavada entre altivas y fuertes montañas: Las Mitras, La Silla, La Sierra. Una ciudad que no se ha hecho huraña e inhospitalaria, como solía ocurrir a las poblaciones geográficamente aisladas. No lo fue antes de que los caminos de tierra y aire le dieran fácil acceso; menos ahora que la aviación y las carreteras facilitan las comunicaciones. De sus serranías, Monterrey solo ha aprendido firmeza, resistencia, dignidad. La montaña, aquí no ha sido obstáculo, sino estímulo. Al desafío del medio ambiente el regiomontano dio su vigorosa respuesta. Y en esa vigorosa respuesta toman parte los ítalo-regiomontanos que vienen a fundir su sangre y a dejar su esfuerzo en esta Capital Industrial de México –por la importancia de sus grandes industrias– y urbe universitaria. Quien se adentra en tierra regiomontana, a primera vista poco acogedora, encuentra que sus habitantes son cordiales, francos y hospitalarios. Así fue como los emigrantes italianos se incorporaron audazmente a la aventura del nuevo continente. Añoranzas, nunca del todo reprimidas, tradiciones alteradas, nuevos paisajes. Aquí se casaron muchos de ellos. Aquí nacieron sus hijos y crecieron sus nietos, aquí sufrieron el cambio, la adaptación, la espera y el obstáculo que vencieron. Aquí esperaron la muerte y forjaron la intrahistoria de nuestra urbe regiomontana.

Renuevo mis votos de fidelidad a la amistad ítalo-mexicana.

Dándose a esta tarea vocaciones, y a la amistad entre México e Italia, el autor del libro que prologo, puede hacer suyo aquel pensamiento que Gabriel d'Annunzio dejó plasmado en forma magistral: «*io ho quel che ho donato*» (sólo tengo lo que di).

En esa noble tarea de amistad entre pueblos, me siento hermanado con Salvatore Sabella. Sé que dándome verdaderamente a la tarea vocacional y a la amistad, es como verdaderamente conservaré algo.

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle (1923-2006).